

Carta al Lector

Estimado Lector:

En el entorno de un nuevo acuerdo con el FMI *¿y cuántos van? ¿más de veinte?* Preparamos para ustedes este nuevo número, el 106 de la revista **Actualidad Económica**, correspondiente al primer cuatrimestre de 2022.

Durante los momentos más difíciles de la dolorosa pandemia (mitigada, aunque no finalizada) por todas partes se oía decir que *"ahora aprenderemos a comportarnos"*, *"esto es un recordatorio para cambiar de estilo de vida"*, *"en adelante las gentes serán más solidarias"*, etc. Lo decían los periodistas, la gente común, los *"opinólogos"*, los políticos, etc. Un optimismo ingenuo que nunca compartí. Recuerdo que en abril del 2020, en un grupo de discusión (por mail) con alumnos, ex alumnos y colegas, reflexioné textualmente *"escucho por los medios la idea, seguramente por ignorancia histórica y falta de reflexión crítica, que cuando salgamos de ésta seremos mejores. ¿pero qué dice la historia, nuestra maestra, como diría Heródoto? La Humanidad ha pasado algunos procesos similares, el caso más próximo la Gran Peste del siglo XIV, pero de allí no se salió mejor, siendo más solidarios (o caritativos), más desprendidos y menos materialistas... sino por el contrario."* Y luego de otros desvaríos, concluía diciendo: *"No vamos a salir para ser mejores, sino seguramente peores: más egoístas, más ambiciosos, más consumistas y más autoritarios (los que tengan el poder de serlo..., así sucedió a la salida de la Gran Peste, como ejemplo claro: la mirada "normativa" en economía se sustituyó por la mirada netamente "positivista", casi plena, prácticamente sin juicios de valor."*

Lamentablemente, salimos mucho peor de lo que pesimistamente imaginé: lo primero que hicimos (digo como Humanidad) fue forzar las circunstancias para una guerra en donde las dos partes beligerantes aducen tener justificación (como en todas las guerras): Rusia por percibirse amenazada por la Organización del Tratado del Atlántico Norte y Ucrania por percibirse amenazada por Rusia, y en consecuencia "pedir" su ingreso en la mencionada OTAN. Pero éstas son solo palabras. Detrás, en los hechos, hay dolor, tragedias. Y para más puede ser el disparador inicial de una Tercera Guerra Mundial abierta (que alguna vez se producirá..., tarde o temprano, pues estamos volviendo al esquema estratégico de "grandes potencias").

Lo paradójico es que, a diferencia de otras guerras, los "oponentes" siguen comerciando intensamente entre ellos. Y precisamente por eso, como me hiciera notar el colega y amigo Iván Iturralde, hasta el momento de estas líneas *se trata de una guerra no declarada*, ya que si lo fuese no podrían mantenerse los lazos económicos. Rusia la ha denominado con un eufemismo: *"operación militar especial"*. Se ha dicho que *"cuando las mercancías no cruzan las fronteras, lo hacen los ejércitos"*. Palabras que Frédéric Bastiat aparentemente no escribió nunca, pero a él se atribuyen. En este caso, pasan las mercancías (el gas, por ejemplo) y también los ejércitos. *¿A quién se le hubiera ocurrido en 1940 que Estados Unidos (que aún no estaba en guerra, pero se encontraba en "conflicto") se abasteciera centralmente en Alemania?* Pero la metamorfosis del mundo de la globalización da paso

a que Europa “sancione” a Rusia y al mismo tiempo recurra a ella para abastecerse de energía. Una prueba más que los cambios económicos producen modificaciones esenciales en las opiniones y actitudes de los hombres sobre el mundo y sus problemas vitales. Además de las dolorosas consecuencias humanitarias, que son las más importantes e irreversibles, existirán impactos monetarios y otros que posiblemente cambien muchas facetas de las relaciones económicas y no económicas a escala planetaria. Entre ellas, el desgaste del dólar y el euro en su rol de divisas (como “*monedas fiat*”, con su libre uso internacional) ya que el embargo de las cuentas rusas hace dudar de la seguridad jurídica de futuras disponibilidades.

Pero existen quienes aprovechan estas circunstancias desgraciadas. Así los medios de comunicación, que en el siglo XIX azuzaban a la guerra para lucrar con la venta de periódicos (*es famoso el caso de W.R. Hearst en la Guerra de Cuba*), hoy aprovechan para aumentar el rating de sus pantallas y dedican programas diarios especiales a la guerra; y nosotros, la gente de a pie, recurrimos a esos reportes como si de eventos deportivos se tratase. ¿No es esto acaso también reprochable? Viene a la mente las reflexiones de Jean Baudrillard sobre el vínculo entre la Guerra del Golfo, los medios de comunicación y la realidad misma.

Otro hecho, que golpea nuestras puertas, es la *inflación mundial*, disparada por el estímulo monetario/fiscal de los distintos gobiernos y que la presencia de la Crisis Sanitaria instaló como política, “dada la coyuntura crítica”. Esto es, un exceso de demanda agregada sobre el conjunto agregado de bienes y servicios disponibles (oferta agregada). Inflación ésta potenciada por la situación bélica, que encarece alimentos y energía. Dos posibilidades, pues, se barajan en la explicación: ¿*estamos frente a un shock de oferta agregada (mundial) o bien frente a un problema de demanda agregada?*

El panorama parece revivir lo acontecido en los años setenta con los excepcionales incrementos en los precios del petróleo en 1973 y 1978: *una inflación de costos pero con un telón de fondo previo*, por lo común olvidado, *de importantes desequilibrios fiscales y monetarios en Estados Unidos*, conduciendo incluso a la “ruptura” del sistema de Bretton Woods con la inconvertibilidad del dólar a oro, pues hasta entonces el dólar tenía, dicho en lenguaje de hoy, *un colateral*). Si el centro del problema inflacionario actual está en una inflación de costos, por la menor cantidad de insumos críticos, el proceso tendría su final cuando se salvaran los cuellos de botella, siempre y cuando no se haya espiralizado por “indexación de contratos” en una puja distributiva. Sin embargo, esta inflación mundial de costos (que sería, por definición, de índole *temporal*) no parece explicar estrictamente lo que se observa, puesto que no se percibe estanflación. No hay caída en el nivel de actividad. Por tanto, la inflación parece, y remarco parece, más bien responder a un shock de demanda por estímulos fiscales y monetarios, *previos a los cuellos de botella*. Como todo el mundo sabe, durante los angustiantes meses de la Crisis Sanitaria se imprimió como nunca en la historia, particularmente por parte de la Reserva Federal, lo cual hacía prever la posibilidad de un proceso inflacionario futuro. Aunque es de aclarar que no toda expansión de la oferta monetaria es por necesidad inflacionaria. Como todo bien, el dinero tiene un precio “propio”, dado por una oferta y una demanda: para el caso, una oferta monetaria y una demanda monetaria. Si esta última crece al mismo ritmo (o por encima) que la oferta, la expansión no repercutirá en precios (gran parte de las ideas centrales de la llamada Teoría Monetaria Moderna están aquí: la demanda monetaria sería “infinita”, y por tanto podríamos “imprimir” sin mayores preocupaciones o temores).

En definitiva, ¿*frente a qué clase de inflación estaríamos?* En rigor, los dos tipos de inflación no siempre se pueden distinguir con claridad. Alguna vez D. Robertson escribió que “*La estalactita económica de la demanda excesiva se ha puesto en contacto con una estalagmita de costos crecientes; y cuando se encuentran nadie puede decir con certeza dónde finaliza una y dónde comienza la otra*”.

Sea cual fuera la causa, el gatillo, del proceso de inflación mundial pareciera que *inevitablemente se pagará con algún “dolor”*, sea éste inmediato (por ejemplo, con *caída o al menos freno en el nivel de actividad*) o lejano (por *cambios de precios relativos*, que suelen alterar de modo traumático las estructuras convenientes de producción). Precisamente, ambos hechos también tienen paralelismo con los sucesos de los años 70: aquella inflación comenzó su extinción con la intervención de Paul Volcker como presidente de la Reserva Federal desde 1979, que culminó en una importante *recesión vía suba de tasas de interés*; que tanto impactó sobre los países endeudados del Tercer Mundo... como México o la Argentina (colaborando en el camino a sendos defaults).

Nos encontramos ante un panorama económico ciertamente oscuro, y que hacía 40 años estaba ausente de las agendas. Bueno, en el mundo..., no en la Argentina, por supuesto, que está abonada a estos procesos desde hace más de siete décadas. Un mal endémico. Hemos transitado por períodos de inflación reprimida, de inflación galopante, de “megainflación” y de hiperinflación..., y la acuciante inflación presente no parece tener una solución potable en el horizonte (ni siquiera lejano). La moneda nacional es de hecho una “cuasimoneda”, puesto que no cumple la función de reserva de valor y los agentes tratan de no ahorrar en ella, existiendo una dolarización informal. Y entonces, *¿por qué no dolarizar oficialmente?* Desde nuestra humilde opinión, optar por esa alternativa constituiría un grave error. Incluso con presencia de algún posible beneficio inmediato, resultaría un paso del cual “no se podría” retroceder sin enormes costos. Ciertamente calmaría las expectativas, pero ese efecto sería breve ya que tal salto lo único que asegura es que no se podrá emitir para financiar déficits fiscales..., pero no garantiza que no habrá déficits. Estos bien pueden mantenerse, financiándolos con deuda pública; y hasta es muy posible que ese financiamiento sea más accesible en tasas y plazos para una economía dolarizada, conduciendo, tal vez, a una mayor indisciplina fiscal. Lo cual implicaría que el exceso de demanda agregada persistiría y, por tanto, la presión inflacionaria..., solo que en tal caso se presentaría una “inflación en dólares” (superior, desde ya, a la internacional en esa divisa). No es necesario ir muy lejos para encontrar casos: Ecuador ha sufrido inflación en dólares (por su persistente déficit fiscal, financiado con deuda pública, lo que va acumulando presiones económicas y sociales). En 1962, Robert Mundell y Marcus Fleming plantearon un famoso “trilema” (*un neologismo, por ser tres los términos del planteo y no dos, en ese caso estaríamos frente a un dilema*): movilidad internacional para el capital (integración financiera), tipo de cambio estable y política monetaria disponible (para alterar los tipos de interés con el propósito de combatir el desempleo, por ejemplo). El trilema de Mundell-Fleming alerta sobre el hecho de que solamente se pueden alcanzar a la vez dos de estas metas (e implícitamente, se renuncia a la tercera). En el caso de dolarizar, se está renunciando a la política monetaria, la pérdida del llamado “señoreaje”; y esto tiene sus beneficios (como la desaparición del “impuesto inflacionario”) pero desde ya también tiene sus costos. Basta mencionar que frente a una eventual nueva Crisis Sanitaria, como la del 2020, no se podría emitir para solventar la cadena de pagos alterada y el impacto recesivo sería mucho mayor. También se perdería el manejo de la competitividad cambiaria por la imposibilidad de devaluar (aunque históricamente en Argentina esta competitividad suele estar ausente, pues es casi un hábito que el tipo de cambio esté por debajo del de equilibrio... de lo contrario, no se entiende que haya constantes déficits de cuenta corriente). Nos estaríamos sumando de hecho a un “espacio monetario” (los Estados Unidos) con el cual estamos lejos de constituir un “área monetaria óptima” por nivel de industrialización, por grado de institucionalidad, por acumulación de capital, por grado de flexibilidad, etc., afrontando, por tanto, “shocks asimétricos” o “idiosincráticos”. En definitiva, *toda una serie de argumentos para no dolarizar*.

El presente número, como es nuestra práctica, cuenta con dos trabajos; pero además se da la apertura de una nueva sección, la *Sección de Invitados Juniors*, que esperamos llegue a tener la continuidad que se merece, aunque para ello deberemos contar con futuros trabajos precisamente de ellos, de los investigadores juniors. Esta sección pretende constituirse en un ámbito de publicación para investigaciones o trabajos finales de carrera de grado (o incluso de posgrado) que, por lo común y dado su origen en la pluma de autores noveles (al menos en el momento de la elaboración del trabajo), tendrían dificultades para superar con éxito los rigores de los arbitrajes ordinarios. Como consecuencia de su particularidad, de constituir un autor invitado y el propósito de iniciar a sus autores en el mundo de las publicaciones académicas, tal como era en su lejano origen esta revista **Actualidad Económica**, dicha sección no cuenta con el habitual arbitraje externo sino solamente con la aprobación del Comité Editorial.

En primer lugar, nos encontramos con la pluma de **Leonardo Esteban Manríquez Méndez** de la Universidad Católica de la Santísima Concepción (UCSC), Chile, autor del artículo *“Productividad del gasto público y tamaño óptimo del gobierno: El caso de las regiones chilenas”*. Los objetivos del paper son trabajar, a nivel regional, datos de la economía chilena para determinar la existencia o ausencia de un gasto público “productivo”. Para ello se busca conocer el “tamaño óptimo” del gobierno, y a partir de allí mostrar la relación entre el tamaño del gobierno y la productividad del gasto público. Con ese fin se utiliza un modelo de Barro (1990), ampliado por Karras (1996). Los resultados se presentan a nivel de todas las regiones en su conjunto y también a un nivel desagregado, con dos categorías: regiones con mayor y regiones con menor desarrollo económico. Se encuentra que el gasto público es productivo para ambos grupos, aunque en las regiones de mayor desarrollo se encuentra un gasto público “sub-dimensionado”, mientras que en las regiones de menor desarrollo económico estaría “sobre-dimensionado”. Para establecer este juicio, se perfila para cada grupo un nivel de tamaño óptimo del gasto público. En base a lo obtenido, el autor concluye que *“para el caso de las regiones chilenas, el gasto público puede crecer de forma benigna para la economía, a excepción de las regiones de la Araucanía y Maule que se encuentran sobre el óptimo estimado en este trabajo.”*

El segundo ensayo, titulado *“Visión del desarrollo local desde la universidad en un municipio cubano”*, resulta una colaboración del grupo internacional liderado por **Carlos Alberto Hernández Medina**, Coordinador de Investigación del Centro Universitario Municipal Camajuaní en Villa Clara, Cuba e integrado por **Magdalys Alibet Carrasco Fuentes** (del mismo Centro Universitario Municipal Camajuaní) y **Alexander Báez Hernández**, de la Facultad de Ciencias Administrativas, de la Universidad Central de Ecuador. La idea de la cual parte el trabajo es que *“los Centros Universitarios Municipales (CUM) pueden realizar una contribución sensible a incentivar la proyección local del conocimiento y la innovación tecnológica en el territorio que las rodea, ampliando su capacidad de fomentar el bienestar humano en los mismos”*. Se estudia la tarea en redes, cuyos actores sean el Gobierno Local, las Bibliotecas y Centros de Información, las empresas, los representantes locales de Ministerios y diversas organizaciones. El objetivo es investigar cómo integrar y unificar en una Red el trabajo de la universidad y las instituciones que realizan la gestión del conocimiento y la innovación en el municipio con el fin de un desenvolvimiento local. Finalmente, se llega a un diagnóstico de las potencialidades y los principales problemas del territorio para definir las líneas estratégicas con vistas al desarrollo de Camajuaní; y centralmente se muestra el papel que puede jugar la Educación Superior en la implementación de *una estrategia de desarrollo local* en el caso de un municipio cubano

Finalmente, cerrando el número, como parte de la nueva sección, la *Sección de Invitados Jóvenes*, e inaugurándola, presentamos a los lectores el trabajo del licenciado **Kevin Gaston Mansilla**, titulado *“Impacto económico de la creación de universidades: evidencia vinculada con la expansión*

del sistema de educación en Argentina". Una de sus conclusiones relevantes es la existencia de un impacto positivo del número de universidades sobre el nivel de PBG por habitante; es decir que los datos sugieren que la presencia de universidades colabora al crecimiento económico y esto no sólo en el área de su sede sino también sobre sus regiones próximas. Este ensayo constituyó su trabajo final de carrera de su grado como economista en la Universidad Nacional de Córdoba y contó con la inestimable dirección del Dr. Facundo Quiroga Martínez, un destacado profesor de nuestra Casa de Altos Estudios.

En la espera de que estas páginas sean de interés y utilidad, nos despedimos de Ustedes hasta el próximo número, aprovechando también la oportunidad para invitarlos a enviar sus trabajos y colaboraciones al email actualidad.economica@eco.unc.edu.ar , con copia a alberto.jose.figueras@eco.unc.edu.ar, siguiendo las pautas establecidas en nuestra página.

Alberto José Figueras
Director Asociado